

Intercambio

Esther Freire reservaba como alojamiento en Roma, de forma habitual, la habitación 312 en el Hotel Saint John, situado en el Monte Saint Giovanni in Laterano. Su preferencia no era un capricho sin sentido, sino el deseo de conectar con el abundante canal de premoniciones y mensajes que recibía en ella. Hacía más de veinte años que colaboraba con *Europol* como médium. En esta ocasión, en el caso de Bianca Piaggi, la niña desaparecida hacía unos días en los arrabales de la ciudad.

Sobre el escritorio, los titulares de *Il Messaggero* destacaban el despliegue de medios utilizados por la Policía para buscar a la niña. Al lado del periódico observó un sobre color sepia, y supuso que sería algún detalle del hotel, o tal vez un olvido del anterior huésped.

«*Le propongo un intercambio*», se leía en el anverso.

Sintió curiosidad y lo abrió. En el interior halló una fotografía, un pequeño sobre lacrado y una nota.

Esther no miraba solo con sus ojos físicos, lo hacía con todos sus sentidos, por lo que puso la foto entre sus manos y esperó ver lo intangible. En la imagen aparecían dos hombres agarrados por el hombro, sonriendo; notó

traición en el más alto. Al otro, más apuesto y distinguido, le sintió muy enamorado.

Reconoció la terraza del Hotel Saint John como el lugar donde se tomó la fotografía; fue antes de la reforma de 1995. En su reverso, con una caligrafía masculina, pudo leer: «*amore eterno*». En el sobre lacrado aparecía escrita la dirección de un despacho vaticano y un nombre:

Bruno Rinaldi

Primer Restaurador de la Capilla Sixtina

Responsable del Laboratorio de Museos Vaticanos

En la nota se decía lo siguiente: «*Le ruego entregue el sobre en mano al destinatario. Le aseguro un intercambio provechoso. Me pondré en contacto*».

Al principio, la médium pensó no entregar el sobre. Estaba en la ciudad para establecer contacto con Bianca Piaggi y encontrarla, y hasta el momento no había conseguido resultados. Tenía mucho trabajo y ningún tiempo que perder con otros asuntos; pero una corazonada la impulsó a sentarse en el sillón, de espaldas a la ventana, para sentir el sol a través del cristal. Dirigió de nuevo su atención a la foto entre sus manos. Cerró los ojos y esperó recibir señales. Pasados un par de minutos, una suave sensación de bienestar la animó a llevar el sobre a su destino.

Pudo localizar al secretario del Primer Restaurador de la Capilla Sixtina, y una vez confirmada la dirección, le comunicó que se presentaría en su despacho en veinte minutos. Cuando llegó al lugar, el mismo Bruno Rinaldi le abrió la puerta. No le sorprendió que fuera uno de los hombres que aparecía en la foto, cuyo atractivo se había realzado con los años. Fue un encuentro cordial y rápido en el que Esther puso el sobre en su mano, para cumplir exactamente con el encargo, y salió de la oficina con rapidez para evitar las preguntas que pudiera hacerle Rinaldi acerca de quién era ella o de la procedencia del sobre.

Ya de vuelta en el Hotel Saint John, se arrepintió de haber sido tan ética al no abrir el sobre lacrado. Tomó el ascensor, justo detrás de ella, y antes de cerrarse las puertas, entró un hombre distinguido y delgado que pulsó el botón de la sexta planta, donde se ubicaba la terraza. Sintió un escalofrío al reconocer en él al otro caballero apuesto de la foto. Lo que percibió confirmaba que aquel encuentro no era casual.

Ya en la azotea, él la tomó de la mano, y se colocaron frente a Saint Giovanni in Laterano. El ruido de la ciudad desapareció, y un leve viento le despeinó con gracia su estiloso corte de pelo. Él rompió el silencio y se presentó a Esther:

—*Cara mía*, soy Michele. Quisiera demostrarte mi agradecimiento por entregar el sobre a mi amado Bruno Rinaldi. Sé que estás muy preocupada con el caso de Bianca.

En ese momento una suave ráfaga heló la espalda de Esther, y notó unos ojos clavados en su nuca. Se giró de inmediato y descubrió a la niña: un chorro de sangre coagulada le resbalaba desde la cabeza hasta el vestido. Michele la acompañó hasta Bianca, y unió sus manos a las de la niña. Esther, poniéndose en cuclillas para estar a la altura de su carita, entabló conversación con ella. Enseguida se confirmaron sus sospechas al ponerla muy desorientada.

No era, desde luego, la primera vez que la médium ayudaba a los desencarnados a concienciarse de su nuevo estado, e indicarles el camino adecuado para alcanzar su nuevo destino. Esther sintió una corriente de armonía y dulzura cuando Bianca la sonrió; entonces supo que el trabajo estaba hecho. La niña le dijo adiós con un gesto de su manita y desapareció.

En ese instante se presentó en su mente la imagen del cuerpecito sin vida de Bianca en el Puente Fabricio, en la Isla Tiberina.

—Ahora ya puedes regresar a casa —le dijo Michele a Esther.

—No sé cómo agradecértelo —se sinceró la médium, preguntándole:

—¿Por qué has querido precisamente ahora comunicarte con Rinaldi, y por qué a través de mí?

—El amor, por supuesto, *cara mía*. Ahora, mi amado y yo podremos descansar tranquilos, sin aquel rencor de

cuando éramos jóvenes; y él, un cura restaurador más, prefiriese aceptar el cargo de la Capilla Sixtina que salir del armario para continuar con nuestra relación.

—Michele, si no fuera por lo gélida que está tu mano, juraría que estás tan vivo como yo —dijo sonriendo.

—¡Es que lo estoy! Ahora que estoy muerto, estoy mucho más vivo. Dime, ¿leíste la nota del reverso de la foto? ¿Y aún no sabes por qué te elegí a ti para hacer la entrega? *Cuore*, primero fue tu llamamiento constante para encontrar a Bianca; pero en cuanto supe de ti, vi que no era casualidad que ambos dudásemos de la existencia del amor verdadero. Ahora que la ausencia de cuerpo me aleja de los prejuicios, puedo asegurarte que el amor al que aspiramos existe, y es incondicional y eterno. Tengo que despedirme ya. Gracias infinitas por haber accedido a este intercambio. Quién nos iba a decir que tú y yo encontraríamos respuesta a nuestra incertidumbre.

Y así, Michele se esfumó, dejando a Esther de nuevo con el ruido de la ciudad y el rumor de un viento que separó dos nubes, abriéndole un claro a la esperanza.